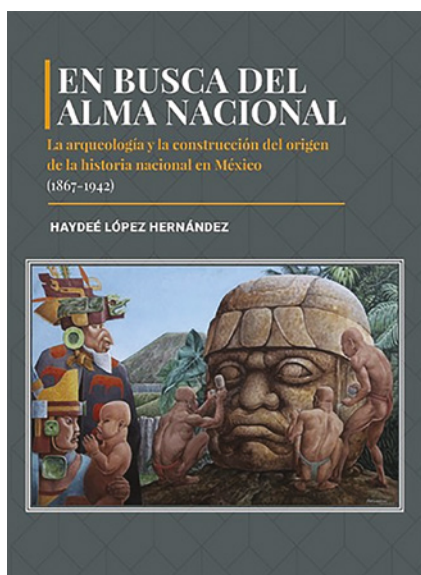


Reseña: *En busca del alma nacional.* *La arqueología y la construcción del origen* *de la historia nacional en México (1867-1942)* de Haydeé López Hernández

Alejandra Cortés Zorrilla
Posgrado en Filosofía de la Ciencia, UNAM
Contacto: coz.alejandra@gmail.com

114



En 1922, Alfonso Reyes le escribió una carta a Antonio Mediz Bolio donde le expresaba su interés por redactar una serie de ensayos a través de los cuales se proponía indagar sobre *el alma nacional* a profundidad. Siete años antes, Reyes, “el regiomontano universal” ya había escrito *La visión de Anáhuac*, aún hoy considerada como una obra cumbre en las letras nacionales; por tanto ya contaba con un excelente salvoconducto para continuar sus exploraciones en la búsqueda de esa alma. Sin embargo, a pesar de sus intenciones, el intelectualmexicano nunca pudo cristalizar esa ambiciosa serie de escritos sobre *el pulso de la patria*.

Décadas después, la arqueóloga, historiadora e investigadora del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), Haydeé López Hernández, animada por esa prometida, pero no cumplida misión, hizo suyo el propósito original de Alfonso Reyes y se adentró en el espacio de las prácticas académicas de la arqueología “que vislumbran los indicios de la constante reconfiguración de la identidad nacional”.¹

¹ López Hernández, Haydeé. *En busca del alma nacional: La arqueología y la construcción del origen de la historia nacional en México (1867-1942)*. Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2019, p.25.

El epicentro de esta alma se enraiza en el concepto cultura madre y para acercarse a los orígenes del mismo, la autora delimita con precisión la escala temporal de su investigación, e inicia con una fecha clave: 1867, año en el que se publicó un ensayo por el descubrimiento de la Cabeza Monumental de Hueyapan; finaliza el recorrido histórico en 1942, fecha en la cual se celebró la Segunda Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Arqueología y donde se determinó consensualmente que la cultura de La Venta sería reconocida en lo sucesivo como la cuna de la Cultura Madre de las civilizaciones mesoamericanas.

Buscar y encontrar la ruta que llevó a establecer a la cultura madre –progenitora de un alma nacional– implicaba seguir, al menos dos pistas o vertientes de suma importancia: la primera, la cuestión ideológica según la cual la nación mexicana pudiera tener orígenes gloriosos a la altura de grandes civilizaciones como la griega o la romana, y por tanto ser digna del reconocimiento mundial; la segunda vertiente, implicó dar progresivo crédito a una disciplina que basó su quehacer en el rigor y la utilización de las técnicas consensuadas del momento; por tanto, la arqueología se demarcó como una disciplina científica y se distanció de las prácticas no científicas.

El relato en la obra de López Hernández, aunque de avance correctamente secuenciado no se presenta totalmente lineal, pues en ocasiones la narración regresa años atrás para recordarle al lector lo que anteriormente ya se había dicho, esto en aras de favorecer la comprensión. Asimismo, sin romper el ritmo de la lectura, la autora ofrece biografías sobre algunos personajes clave involucrados en la historia, cuyas personalidades y motivaciones enmarcan la historia. A propósito de esa estructura narrativa no lineal, cabe mencionar que también ayudan a contextualizar el relato abundantes notas a pie de página, que ofrecen datos oportunos para indagar más sobre el tema, precisiones que son necesarias para poder comprender tal o cual acción de la historia. Estas notas ayudan al lector a entender lo acontecido desde, como lo nombra Foucault, la *episteme* de estos siglos y no desde una mirada comprensiva del siglo XXI.

Los avatares relatados en el libro abarcan un lapso de casi 80 años, que son la suma de pequeños cambios entre el siglo XIX al XX, pero la habilidad de la autora logra transmitir la idea de que esos cambios se perciban no como disruptivos, sino como una secuencia de transición gradual donde los actores involucrados negocian para establecer acuerdos sobre los distintos objetivos que se van planteando.

Por otra parte, los procedimientos literarios empleados dentro de la obra permiten comprender al lector la complejidad de la trama, pese a que se trata de una verdadera urdimbre de hechos, acciones individuales y colectivas que gradualmente se deshilvanan conforme se avanza en la lectura: no hay hilos claros ni conexiones directas de causa-efecto; las circunstancias, hechos y acciones están anudadas de tal manera que aunque hay personajes clave o momentos específicos, no se les puede adjudicar efectos de forma directa. La construcción del concepto *alma nacional*, aprende el lector, está rodeado de

negociaciones, de toma de decisiones, constantes (re) direccionamientos y (re) escrituras de la historia.

En el libro, se muestra una visión externalista de la conformación de la arqueología, en contraposición con una generación de historiadores anterior a la de López Hernández, donde la historia de la disciplina estaba fuertemente ligada con las teorías de la filosofía de la ciencia, su progreso, sus paradigmas, su epistemología, tal como lo deja ver Vázquez León en su *Leviatán* o Andrés Medina y Mechthild Rutsch. Todavía una generación más atrás, el libro en cuestión se posiciona frente a una historiografía hecha por Ignacio Bernal, quien postula una arqueología sin raíces decimonónicas y como producto de una revolución, casi nacida del positivismo y de lo más decantado de la ciencia universal.

En palabras de la autora, la investigación nace con la ambición de encontrar los encadenamientos epistémicos, es decir, cómo se pasa de la teoría al dato en el trabajo práctico, cómo se construyen los datos. Podría interpretarse como un interés por deconstruir la racionalidad que subyace en los arqueólogos, no para marcar un patrón estático sino para señalar los elementos que conducen a tal o cual acción. Con esto en mente, *En busca del alma nacional. La arqueología y la construcción del origen de la historia nacional en México (1867-1942)* se divide en tres capítulos y un epílogo.

Temporalmente, la primera parte del libro es dedicada a lo ocurrido con el cambio del siglo XIX al XX, esto es, a la exploración de diferentes interpretaciones sobre el origen del *hombre* en el continente, si asiático, africano o griego. Las interpretaciones aceptadas por los gremios de arqueólogos e historiadores fueron producto de una serie de contingencias que englobaron negociaciones, acuerdos, oportunidades e inclusive imposiciones. Algunos factores hicieron sinergia y potenciaron efectos, donde se podrían destacar personajes clave como Alfredo Chavero, Manuel Gamio, Alfonso Caso o Miguel Covarrubias; sin embargo, no actuaron en solitario, sino que modificaron sus objetivos de acuerdo con sus mismas relaciones sociales y contactos, adecuados al momento que vivían. Además, debe considerarse que en la transición de la centuria está presente el largo gobierno porfiriano y la Revolución Mexicana.

En todo el texto se describen las transformaciones de la ciencia arqueológica mexicana, desde sus albores hasta su consolidación u obtención de autonomía. Su autoconstrucción por diferentes aristas, una de ellas y de contacto estrecho la establecería con la búsqueda de la identificación de una historia patria. También influiría el paso del tiempo y el cambio generacional que eventualmente modificó prácticas académicas. Por último, la instauración de organismos gubernamentales que asumieron como función prohijar la ideología y el nacionalismo del Estado tuvo varias consecuencias, entre ellas la conformación de la arqueología como especializada y focalizada en los asuntos mexicanos mesoamericanos.

La segunda parte del libro se centra en las discusiones sobre lo sucedido después de la Revolución, gubernamentalmente se solicitó establecer unidad entre la población, por ello, una cultura madre se devela como resultado de

una redefinición de lo que era ser mexicano. Los intelectuales y líderes políticos de la época señalaron un proyecto nacionalista que parecía ser el camino; aun cuando en su andar se ignoraron pueblos indígenas herederos directos de aquello que causaba orgullo. La narrativa privilegió a la raza mestiza como la suma y síntesis de lo prehispánico y lo europeo.

Se puede pensar esta narrativa desde una óptica actual donde hablar de razas es inapropiado y poco científico; sin embargo, una obra como la comentada propicia la reflexión sobre cómo dichos conceptos fueron *enraizando* en la forma de acercarse a los objetos, no para justificarlos sino para comprenderlos como un proyecto de nación, y así, ubicar a personajes como Justo Sierra, Alfonso Caso u Octavio Paz como “hombres de su época”.

La autora deja claro que para mirar al futuro es necesario voltear al pasado. Los idearios como cultura madre u horizonte cultural marcaron rutas que en su momento impulsaron un apogeo en la disciplina arqueológica; sin embargo, al tiempo también limitaron la práctica, que se presume por la obra, han llevado a un ligero estancamiento.

Por último, el libro reseñado tiene una construcción sólida, se consultaron más de 270 fuentes entre primarias y secundarias, así como nueve archivos nacionales. Con más de 54 imágenes entre fotografías, cuadros, ilustraciones o dibujos se amplía el documento, con el propósito de redundar información y ampliar alguna descripción verbal, así como cumplir una función de descanso y a la vez una oportunidad para imaginar lo narrado.

Suscribo que *En busca del alma nacional...* es un referente para las historiadoras de la ciencia, para las arqueólogas y para aquellas interesadas en comprender una parcela de cómo se conformaron las ideas de nacionalismo y a su vez, el desplazamiento de lo indígena. También podría resultar oportuno para los estudios sobre la participación de las mujeres en la arqueología mexicana pues son pocos los nombres que resaltan.